

¿Los jesuitas estamos afligidos y desolados?

José G. Funes, S.J.

Las vacaciones con jesuitas siempre me han resultado gratas porque además del descanso, me han permitido conocer un poco más a la Compañía de Jesús. No es que para conocer más a otros jesuitas uno deba irse de vacaciones pero ciertamente uno está más dispuesto a escuchar y a participar en conversaciones que el trajín de la vida cotidiana no permite. Quizás por este motivo es que me duele que algunas casas de descanso se cierren. Me pregunto si las casas de vacaciones se cierran porque el número de jesuitas disminuye, o porque los jesuitas no toman vacaciones o porque los jesuitas se sienten más a gusto descansando con no jesuitas, o porque tener una casa de descanso es un anti-testimonio. ¿Quién sabe?

De todos modos lo que quería decir es lo siguiente. Me encontraba de vacaciones en una casa de descanso de la provincia italiana. En una de esas conversaciones a las que me refería antes, uno de los padres hablaba de una “Compañía afligida y desolada” y que por lo tanto vive una fe más profunda. La frase se quedó dando vueltas por mi cabeza un par de días. Por una cuestión de honestidad con Dios, con la Compañía y conmigo mismo no puedo dejar de hacerme la pregunta que es el título de este artículo.

Antes de esbozar una respuesta, o tal vez más preguntas, quisiera aclarar que no soy un experto en espiritualidad, se podría decir que soy un “outsider” de la espiritualidad ignaciana. Esta segunda afirmación no es del todo cierta. Como jesuita que ha hecho dos veces el mes de Ejercicios tengo cierto “conocimiento interno” del discernimiento espiritual.

Intentaré responder a la pregunta desde mi conocimiento horizontal de la Compañía. Es decir el conocimiento de uno que no ha tenido ni tiene responsabilidades de formador o superior.

La Compañía en los últimos 30 o 40 años se ha diversificado tanto que para poder reflexionar sobre la pregunta que me guía deberíamos distinguir regiones, edades, etc. Aún en una misma región las historias de dos provincias pueden ser muy distintas. El hecho de ser astrónomo del Observatorio Vaticano (Specola Vaticana) me lleva a viajar con mucha frecuencia a Estados Unidos (donde resido la mayor parte del año), Italia y América Latina (especialmente Chile y Argentina, mi provincia), Conocer y compartir alegrías y tristezas, esperanzas y dificultades de jesuitas de distintas provincias es una gracia extraordinaria.

Me propongo pues describir rasgos comunes en los jesuitas de estas regiones que me permitan decir si los jesuitas estamos afligidos y desolados. Repito, no espere el lector una respuesta clara y distinta sino más bien algunas reflexiones personales en voz alta.

En esta tarea se me presenta el mismo problema que al astrónomo que clasifica las galaxias según sus formas. Las características que definen una cierta clase pueden ser demasiado generales, en este caso las galaxias caerán todas en una clase, o pueden ser tan específicas que cada galaxia corresponde a una clase, terminando por definir tantas clases como galaxias hay en el universo. Resulta claro que en ambos casos la clasificación será inútil. Espero que mi esfuerzo no sea inútil.

Después de este largo preámbulo presento mis reflexiones.

¿Los jesuitas estamos afligidos?

Me parece importante señalar tres situaciones que nos afligen o preocupan.

1. La falta de vocaciones.

Es un dato objetivo que el número de jesuitas disminuye año a año. Las causas son complejas y escapan a las posibilidades de mi análisis. Tengo la impresión que realmente estamos promoviendo las vocaciones, pero que esta tarea queda en las manos de un encargado o, en el mejor de los casos, de un equipo. Reflexionamos sobre nuestros programas, métodos, etc.; sin embargo me parece que nos escapamos a una pregunta más fundamental. ¿Vale la pena ser jesuita hoy? ¿Cómo nos ven los jóvenes hoy? ¿Ven en nosotros hombres entusiasmados por seguir a Jesús sin hacer cálculos de lo que se gana o se pierde? ¿Ven en nosotros hombres llenos de fervor? (¡Ay! ¡Se me acaba de escapar una palabra que ha pasado de moda!) ¿hombres que sueñan con el Reino? O por el contrario ven en nosotros “ejecutivos” de empresas eclesiales, incapaces de perder tiempo con los más pobres o con sus hermanos jesuitas, más estresados y cansados que los “ejecutivos” de este mundo. A veces me parece que no sabemos hablar de Jesús y, por lo tanto, los jóvenes (o no tan jóvenes) prefieren una especie de voluntariado sin correr los riesgos del seguimiento del Señor. Honestamente no estoy preocupado por la falta de vocaciones. Si me aflige la perspectiva de una Compañía cansada, sin fervor, que pareciera evitar los conflictos que el seguimiento del Señor “necesariamente” ocasiona (Jn 15, 20), que deja de ser contracultural y se va acomodando a este mundo y se accontenta con hermosos documentos.

2. La clausura de algunas obras

Estrechamente relacionado a la disminución del número de jesuitas, es el hecho de que algunas obras se dejen por falta de recursos humanos y económicos. Creo que esta es una de las causas de la tristeza que experimentan los nuestros sobre todo en su ancianidad. Después de muchos años sirviendo en una obra de la Compañía, ven que ésta se cierra, a veces sin siquiera tener la posibilidad de verla pasar a otras manos. Por otra parte, entre los más jóvenes queda la sensación de que su generación está destinada a sostener obras que han entrado en su fase terminal.

Sucede que nos encontramos con edificios de los que no sabemos qué hacer. En estos casos, pareciera que fuera más importante encontrar sentido a un edificio en desuso que preguntarnos qué será lo que Dios nos pide hoy. ¿No será que el Espíritu nos cierra algunos caminos para abrir otros? (Hech 16,6) Pero si nos preocupamos más por encontrar utilidad o rentabilidad a un edificio, será difícil poder escuchar lo que el Espíritu quiere decirnos.

3. La crisis de jóvenes sacerdotes

Tengo la impresión, no he verificado las estadísticas, que en los últimos 10 años un número importante de jesuitas han dejado la Compañía en los primeros años de ministerio. Creo que la pérdida de compañeros valiosos es lo que más golpea silenciosamente a los jesuitas de mi generación. A los que quedamos, el primer objetivo

que se nos presenta es el de “sobrevivir” más que el de “vivir” en la Compañía. De nuevo aquí las causas son complejas y varían de región a región y de persona a persona. Quisiera señalar aspectos de esta situación que me parecen generales. Me parece que el joven sacerdote que deja el ministerio se encuentra en la misma situación existencial de un cónyuge que se divorcia. Pareciera que la palabra empeñada ha perdido valor y que lo que cuenta es “sentirse bien”. Creo que todos somos más superficiales en nuestras relaciones y no somos lo suficiente maduros cuando se acerca el momento del compromiso definitivo. Así ante las primeras dificultades, cuando la relación o el ministerio deja de ser gratificante pensamos que “esto no era para mí”. Repito las causas son más complejas y es una simplificación lo que digo. Simplemente trato de entender qué hay en el contexto cultural que facilita la salida de la Compañía.

El segundo factor que me parece tiene su importancia en las salidas de los jóvenes sacerdotes es el de la fe o, mejor dicho, el de la falta de fe. Tiempo atrás un sabio jesuita me decía, que un hombre que tiene una familia puede seguir viviendo y siendo feliz aún cuando haya perdido la fe. Un religioso simplemente no puede. Recuerdo que la primera vez que tuve que dar informes sobre un compañero que había pedido las órdenes mayores, hubo una pregunta del formulario que me llamó poderosamente la atención. La pregunta era sencilla: “¿Tiene fe?” Hasta ese momento me resultaba obvio que uno que está pidiendo ser ordenado sacerdote tiene fe. Con el pasar del tiempo me di cuenta que la pregunta no era retórica y la respuesta aún menos obvia. A veces me queda la impresión de que algunos compañeros han sido ordenados en medio de una crisis de fe. No es que uno esté libre de atravesar por “noches oscuras”. El problema es cuando el sujeto es ordenado en medio de una “noche oscura”. Esto también me lleva a preguntarme: ¿Qué ayuda encontramos en nuestras comunidades para vivir nuestra fe a la intemperie del mundo de hoy? Lo peor que nos puede pasar es que seamos ingenuos. Vivimos nuestra fe y nuestra castidad a la intemperie de un mundo hostil a Dios o, al menos, que es opaco a su presencia. No estoy predicando la guerra santa, sino que debemos ser conscientes que el “enemigo de natura humana... por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos” (EE 327).

En este punto creo que es importante que provinciales y súbditos nos aprovechemos de un momento de gracia durante el año como es la cuenta de conciencia. Deberíamos ser capaces de hablar francamente de nuestra fe o de nuestra falta de fe, de nuestra relación con Jesús, de cómo rezamos, de cómo hacemos los Ejercicios anuales. Si bien la cuenta de conciencia es para la misión, la vida en el Espíritu es esencial para la misión y constituye un elemento importantísimo a la hora de confirmar o dar una nueva misión. Insisto, me parece que hay cierto pudor en hablar o preguntar por nuestra vida en el Espíritu y la cuenta de conciencia se limita a dar cuenta de la gestión gerencial de una comunidad o una obra apostólica.

¿Los jesuitas estamos desolados?

En las reglas de discernimiento más propias de la primera semana (EE 313-327), San Ignacio antes de definir la consolación o la desolación, describe el “modo de proceder” del buen espíritu y del malo (EE 314-315). Es de notar que ese modo de proceder depende de la situación espiritual en la que el sujeto se encuentra. Honestamente creo, que a pesar de nuestras miserias y pecados, la Compañía en su conjunto, como cuerpo,

“va intensamente purgando sus pecados, y en el servicio de Dios nuestro Señor de bien en mejor subiendo”.

Si estamos en desolación ¿cuáles son los signos?

“En la desolación nos guía y aconseja más el mal espíritu”(EE 318). Podríamos pues examinarnos si, como cuerpo apostólico, a veces experimentamos tristezas, inquietudes y nos justificamos con falsas razones, para no pasar adelante (EE 315). Yo agregaría la palabra resentimiento que no está en el texto ignaciano pero que cuadra perfectamente con la acción del mal espíritu descrita por San Ignacio[1]. Creo que una de las cosas que más nos impide avanzar el servicio de Dios nuestro Señor es este “resentimiento” que se expresa de distintos modos. Aquí va una descripción de los más comunes. “Nadie me consulta, nadie me tiene en cuenta”. “He sido maltratado por los superiores”. “No me siento realizado en lo que hago”. “Me han dado una misión muy distinta de la formación que recibí”. “Me tienen en cuenta sólo para tapar agujeros”. Este tipo de “sentimientos” o “re-sentimientos” son los que más nos impiden servir al Señor con un corazón grande. Más que agrandar nuestro corazón, lo van achicando y estrujando porque nos vamos poniendo en el centro de la escena, en vez de centrarnos en Dios y en los más pobres. Si bien los jesuitas no somos egoístas, tenemos la fuerte tendencia a ser egocéntricos (tal vez sea la cara oscura de una espiritualidad extremadamente personalista). Muchas veces hemos pedido pobreza y humillaciones para más parecernos a Jesús pobre y humilde, pero cuando esas humillaciones vienen en forma de “olvidos” o de supuestos “maltratos” nos quedamos contemplando nuestras heridas, sin darnos cuenta que en esas mismas heridas está nuestra cura. Parafraseando la letra de una canción de Pablo Milanés que dice “pobre del cantor que fue marcado para sufrir un poco y hoy está derrotado”, podríamos decir, pobre del jesuita que fue marcado para sufrir un poco y hoy se siente herido y no tenido en cuenta.

El otro aspecto del problema es que los superiores, a veces, para evitar estos resentimientos y buscar que el jesuita “se sienta bien”, entablan una especie de negociaciones, en las cuales se busca poco la voluntad de Dios y más dejar a las partes contentas en lo que podría llamarse el “bien posible”. Me pregunto: ¿ese bien posible es la voluntad de Dios?

Una forma de tristeza es la falta de fervor. No vivimos contentos porque como dice San Ignacio en la “carta de la perfección” somos flojos. Continúa San Ignacio en dicha carta, “la tibieza es causa de siempre vivir con molestias, no dejando quitar la causa della, que es el amor propio, ni mereciendo el favor divino”.

Creo que este poner en el centro de nuestro corazón un amor propio desordenado es parte del mundo que se nos va metiendo sin darnos cuenta. En la cultura hedonista de la que somos parte, y a la que en mayor o menor grado hemos contribuido, buscamos “sentirnos bien” y aparecer que “estamos bien”. De nuevo, no somos contraculturales.

Las causas de la desolación

Si es que nos animamos a decir que estamos desolados, podríamos preguntarnos, como San Ignacio nos ha enseñado, cuáles son las causas de tal desolación.(EE 321).

La primera causa es la tibieza espiritual y podría ser que mediante la lección[2] de la desolación Dios nos esté llamando a la conversión. Decía el P. General en la homilía

final de la Congregación General 34: “¿Por qué hacerse ilusiones? De la conversión o la falta de conversión dependerá el futuro”. La segunda razón por la cual podemos estar desolados es para que conozcamos “internamente”, en verdad, lo que somos y para cuánto valemos. Por último puede ser que estemos desolados para que maduremos en la fe, pongamos “en El sólo la esperanza” (Constituciones 812) y no absoluticemos proyectos apostólicos, la colaboración interprovincial o las estructuras super-provinciales; y purifiquemos nuestro amor y servicio a Dios Nuestro Señor dejando de buscar sólo aquellos apostolados o relaciones que nos gratifican.

Estas causas no se excluyen unas a otras y me resulta difícil decir cuál tiene más peso, aunque sin dudar, todos estos signos de desolación deberían llevarnos a pedir intensamente la gracia de la conversión.

De estas causas la que, en mi opinión, merece mayor atención es la tibieza o falta de fervor que se expresa en una cierta mediocridad. Hemos, en general, perdido excelencia en nuestra formación intelectual y en la calidad de nuestra vida espiritual, a veces hacemos la opción preferencial por lo más cómodo o lo más gratificante. No es que siempre debamos buscar lo más difícil pero si deberíamos preguntarnos con más frecuencia dónde está el “magis”.

Por otra parte, los jesuitas somos parte de la Iglesia y, por lo tanto participamos de sus mismas consolaciones y desolaciones. La Iglesia, si quiere, ser fiel a su Señor, será continuamente probada de modos distintos en su fe y en su esperanza. En Europa Occidental, uno tiene la impresión de que el cristianismo agoniza y que es sólo lo queda del pasado de una Europa cristiana y, que tal vez, serviría incluir sus valores en los documentos fundacionales de la Nueva Europa. Tal vez lo que esté muriendo en Europa es un cristianismo que tiene poco de Evangelio y esté surgiendo una Iglesia más viva, más humilde y menos poderosa, tal vez más parecida a lo que Jesús quería.

En los Estados Unidos los escándalos de los abusos sexuales han quitado credibilidad a los sacerdotes y obispos, poniendo serias objeciones al celibato y levantando muros entre la gente y sus pastores. Al menos la relación pastoral ha perdido naturalidad.

En América Latina, los grandes problemas de justicia y las falta de recursos nos desaniman y nos ponen al límite de nuestras posibilidades. Nuestra fe en el Señor de la historia que cuida de su pueblo es probada hasta el límite.

Todas estas situaciones pueden llevarnos al desánimo y a una pérdida de fe.

Mudarse contra la misma desolación

Si bien la desolación en sí misma no significa que estemos cayendo en picada, San Ignacio nos aconseja que “mucho conviene mudarse contra la misma desolación” (EE 319). En efecto, para “el que camina con este fervor, calor y consolación interior no hay tan grande carga que no le parezca ligera ... Esta nos muestra y abre el camino de lo que debemos seguir”[3]. ¡Cuántas veces en nuestras reuniones de comunidad y de discernimiento apostólico común encontramos dificultades insuperables! ¿No será a caso falta de fervor?

Me parece que ayuda a mudarse contra la misma desolación el hecho de no dramatizar y un poco de buen humor no nos va a hacer daño. Lo peor que nos puede pasar es hacer una tragedia. A veces me parece que los jesuitas nos tomamos demasiado en serio lo que somos y hacemos, nos creemos demasiado importantes. No hemos olvidado lo de la “mínima Compañía”.

Me gustaría terminar con unas palabras tomadas de una canción de Víctor Heredia: “¿con qué excusa te digo que tengas fe si yo mismo padezco la misma sed?” Y con un recuerdo. Cuando era junior y después filósofo, los viernes por la tarde, después de jugar fútbol teníamos una hora santa que se concluía con una oración por la Compañía atribuida a San Pedro Canisio:

Te recomiendo, Señor Jesús, el cuerpo de la universal Compañía, en su cabeza y en sus miembros, en los sanos y en los enfermos, en los que aprovechan y en los que están tentados, para que todo sea gobernado y dirigido a la mayor gloria de tu nombre y para bien de toda la Iglesia.

Haz, Señor, que crezcamos en número y en mérito, que conozcamos rectamente las exigencias de nuestra vocación, y que conociéndolas las amemos y las cumplamos con perfección. Así en nuestra Compañía tu Divina Majestad será servida de manera digna y fiel.

Haz, Señor, que sigamos los preceptos y los consejos del Evangelio, y que permaneciendo unidos por los lazos del amor fraterno, sintamos tu bendición sobre nuestras provincias, colegios, residencias, misiones y todos los ministerios que por tu amor emprendamos.

Haz, Señor, que seamos sobrios, simples, prudentes, quietos, que busquemos las virtudes sólidas y perfectas, y que nuestra vida coincida con nuestra profesión de compañeros de Jesús.

Confirma, Señor, lo que comenzaste en tu Compañía con respecto a la obediencia religiosa, a la pobreza y a la castidad, para que lo que prometimos un día con tu ayuda, con la misma lo cumplamos hasta la muerte.

Te pedimos no sólo por los vivos sino también por los difuntos de la Compañía, y por los fundadores, bienhechores y amigos. A todos los recomendamos para siempre a tu Divina Misericordia. Amén.

[1] Sobre el resentimiento se puede ver un muy buen artículo de D. Brackley en el número 34/4 de Septiembre de 2002 de *Studies in the Spirituality of Jesuits*.

[2] San Ignacio habla en una carta a Teresa Rejadell (Venecia, 18 de junio 1536) de la consolación y la desolación como dos lecciones que el Señor acostumbra dar o permitir.

[3] De la misma carta de San Ignacio citada en la nota anterior.